

LAS CIENCIAS SOCIALES Y SUS PERSPECTIVAS INTERDISCIPLINARIAS

**EX
TRA**
#1
(2021)

ISSN | ISSN-E
2343 | 2610
6131 | 8046

encuentros

REVISTA DE CIENCIAS HUMANAS, TEORÍA SOCIAL Y PENSAMIENTO CRÍTICO
UNIVERSIDAD NACIONAL EXPERIMENTAL RAFAEL MARIA BARALT

HACIA UNA SOCIOLOGÍA POLÍTICA DESCOLONIZADORA EN NUESTRA AMÉRICA

Towards a decolonizing political sociology in Our America

pp:25-43

Eduardo Andrés Sandoval Forero

forerosandoval@gmail.com

 <https://orcid.org/0000-0003-1659-7588>

Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, México.

Ismael Cáceres-Correa

ismacaceres@outlook.com

 <https://orcid.org/0000-0001-7051-2499>

Universidad de Concepción
Concepción, Chile.

José Javier Capera Figueroa

caperafigueroa@gmail.com

 <https://orcid.org/0000-0003-1823-2814>

Universidad Iberoamericana
Ciudad de México, México

Este trabajo está depositado en Zenodo:

DOI: <http://doi.org/10.5281/zenodo.4758339>

Resumen

La teoría social y política se constituye en un campo teórico-conceptual de gran importancia en el estudio de los problemas de las sociedades modernas al analizar los fenómenos que emergen en un espacio y tiempo determinado desde una perspectiva de pensadores encargados de teorizar temas como lo político, la condición humana, la teoría de la justicia, la democracia y el poder entre otros. La emergencia de establecer una comunicación entre los enfoques propios de la ciencia política y la sociología, permitió la construcción de un diálogo abierto entre teorías, conceptos y metodologías que se han materializaron en una interdisciplina denominada "sociología de la política" en los años 80 del siglo XX. Por ello, el presente artículo tiene como objetivo realizar una aproximación analítica de la teoría de los movimientos sociales desde una perspectiva descolonizadora de la sociología política.

Palabras claves: sociología política, sociedad moderna, teoría política, descolonización, movimientos sociales.

Abstract

The social and political theory is a theoretical-conceptual field of great importance in the study of the problems of modern societies when analyzing the phenomena that emerge in a space and time from a perspective of thinkers charged with theorizing issues such as politics, the human condition, the theory of justice, democracy and power among others. The emergence of establishing a communication between the approaches of political science and sociology, allowed the construction of an open dialogue between theories, concepts and methodologies that have materialized in an interdiscipline called "sociology of politics" in the 1980s. twentieth century. Therefore, this article aims to perform an analytical approach to the theory of social movements from a decolonizing perspective of political sociology.

Keywords: political sociology, modern society, political theory, decolonization, social movements.

INTRODUCCIÓN

LA EMERGENCIA DE LAS CIENCIAS SOCIALES

Las ciencias sociales en su tarea de comprender los fenómenos y problemas de las sociedades en sus distintos momentos históricos, se ha dedicado a cuestionar e indagar los procesos que generan dichas circunstancias frente a la realidad social con respecto a la dimensión del sujeto y la estructura societal. La necesidad de proponer rutas emergentes que pudieran cuestionar los enfoques tradicionales de la investigación social, genero una apertura a cargo de pensadores/as, que asumieron una mirada distinta sobre los modos de construir un vínculo entre el objeto y el sujeto de estudio, al interior de las ciencias sociales.

La disputa epistémica de la sociología, al considerarse como una disciplina proveniente de la física social, la cual se encargaría de asumir procesos de investigación que pudieran analizar situaciones como la pobreza, la desigualdad, el suicidio, la educación y las formas de organización en sociedad, solo por mencionar algunos casos, representó un espacio de gran interés en la perspectiva de los estudios clásicos y dimensión epistémica de esta área del conocimiento. Lo que significa, reconocer el estatuto científico de la sociología en su misión de analizar las características de la sociedad moderna (Giddens, 2014).

El pensamiento sociológico del siglo XX, simbolizó un espacio de gran interés para las ciencias sociales, dado que pudo proponer teorías, conceptos, métodos y metodologías ne-

cesarias para el análisis del mundo de la vida (social) y los fenómenos que constituyen la realidad de cualquier tipo de sociedad moderna. Por tal razón, considera Jeffrey Alexander, que el estudio de la sociología significa una experiencia liberadora que permite la amplitud de discusiones a partir del interés e imaginación del investigador. Al mismo tiempo, posibilita la apertura por comprender diversos escenarios socio-culturales tanto en su interior y exterior en la lógica de la estructura social y el agente, debido a que recurre a los postulados fundamentales, resultado del posicionamiento de los pensadores clásicos en su labor de teorizar los problemas, a partir de categorías que son inducidas de los fenómenos y problemas de investigación (Alexander, 2001).

En efecto, la actividad científica de la sociología en sus orígenes, se caracterizó por disputas epistémicas entre corrientes como el positivismo, el racionalismo, el empirismo y la teoría crítica entre otras, las cuales tomaron fuerza en el seno de la sociedad occidental, asumiendo una serie de posturas orientadas a cuestionar la realidad y proponer elementos de análisis a partir de las categorías propias de la sociología de la ciencia. Parte de estas discusiones se vieron influenciadas por pensadores clásicos como Auguste Comte, Harriet Martineau, Karl Marx, Émile Durkheim y Max Weber entre otros (Ritzer, 1993).

Las diferencias internas por concebir una autentica disciplina cimentada en un estatus epistémico permitió que ciertas áreas del conocimiento tomaran una postura epistémica fren-

te a los análisis de otras ciencias, tal como sucedió con las discusiones entre la sociología y la ciencia política, frente al estudio del poder, la política, el Estado, la sociedad y las instituciones, lo que implicó, una confrontación entre teóricos que asumieron una postura direccionada a proponer un corpus científico autónomo, disciplinar y coherente con la capacidad de explicar los fenómenos originados al interior del Estado, la ciudadanía y la sociedad teniendo como referente la modernidad –capitalista (Giddens, A., & Turner, J, 1990).

La confrontación epistémica – disciplinar en el marco del análisis sociológico y politológico, se convirtió en un antecedente fundamental que marcaría el desarrollo de una interdisciplina del conocimiento denominada sociología política. Tal como lo argumentan Oyhandy (2010) y Moreno (2011), al reconocer que en sus orígenes se denominó como la política de la sociología por parte de la corriente norteamericana, y sociología de la política por la influencia italiana e inglesa que se encargaron de asumir un proyecto de legalidad académica en este campo del saber, dado la capacidad de comprender de forma estructural la crisis civilizatoria de nuestra época (Janowitz, 1966).

De este modo, la finalidad del presente artículo consiste en realizar una aproximación analítica de la teoría de los movimientos sociales (MS) desde una perspectiva descolonizadora de la sociología política, teniendo en cuenta los postulados conceptuales de la filosofía y la teoría política latinoamericana, al ser campos teóricos

que permiten comprender la praxis, la política, la acción colectiva, la identidad y la reivindicación socio-cultural de los actores organizados de forma autónoma, deliberativa, voluntaria y solidaria por causas/luchas compartidas en común desde los territorios del Abya Yala

Las luchas desde abajo que se han gestado en América Latina, permite constatar lo mencionado por los antropólogos Ángel Palerm y Jorge Alonso, cuando reconocen que los procesos de resistencia producidos por los pueblos/comunidades, representan el quehacer de las ciencias sociales en consonancia con la praxis liberadora. Parte de esta situación, configuraría las grietas por ir más allá del velo generado por el eurocentrismo y operativizado por la lógica del capitalismo moderno.

El proceso de emergencia proveniente de los movimientos anti-coloniales en la Europa periférica, África y Asia, que promovieron ordenes alternativos la sociedad dominante, fueron elementos para asumir un rol deliberativo y subalterno sobre los fenómenos que constituyen los debates polémicos que no lograban ser reconocidos por la democracia procedimental. Por tal razón, la dinámica de actores colectivos que proponían reconocer la complejidad de la esfera social, cultural, económica y política, serviría como un referente propio de la descolonización del saber.

Tal como lo señala, Boaventura de Sousa Santos al manifestar la importancia de reconocer nuevas formas de hacer/pensar las ciencias sociales

desde el sur global, lo que significa reflexionar sobre una epistemología del sur que tenga la capacidad de establecer un discurso y postura crítica sobre las tendencias neoliberales propias del capitalismo cognitivo gestado en el paradigma de la ciencia moderna funcional a los intereses de los grupos hegemónicos (Santos, 2009).

Parte de este escenario epistémico, está localizado en las discusiones críticas y auto-críticas con respecto al modo en que pensamos y construimos el conocimiento, es decir, desde que orilla se empieza a posicionar los discursos y las prácticas de los actores al interior de las ciencias sociales. Por ello, el reconocimiento de una serie de saberes sociales inscritos en lo que Santos señala como la sociología de las emergencias/ausencias, instituye un proceso subalterno para lograr generar rupturas en el orden de una geopolítica del conocimiento en Nuestra América.

La necesidad de constituir dinámicas descoloniales y populares del sujeto en lo comunal, representa una ruptura con la ciencia moderna/colonial, que sustenta todo tipo de conocimiento a partir de la dimensión del método científico y los diseños coloniales. Parte de esta tarea simboliza, el pluriverso de discusiones en temas como los feminismos, los estudios descoloniales, el pensamiento crítico, la economía, la filosofía y la teología de la liberación entre otras. La razón de dicha diversidad radica en cuestionar desde abajo e internamente las teorías monolíticas, monoculturales y “universales” que son enseñadas y re-producidas en las distintas univer-

sidades y academias del mundo. Parte de este proyecto se sustenta en la interculturalidad y heterogeneidad del saber propio del sujeto y su praxis libradora en comunidad.

De este modo, el proceso de generar críticas epistémico – políticas por parte del sujeto, las comunidades y los pueblos en movimiento, que configuran un tipo de sentipensares y sentimientos basadas en un lenguaje en común, responde a una relación dialógica y una narrativa en contra del despojo, la violencia y la dominación, tal como ha sido impuesto por los grupos hegemónicos en los territorios periféricos. El debate de cuestionar el conocimiento especializado del mundo académico, y dar el salto hacia una ecología de saberes, tiene que ver con lo señalado por Márquez-Fernández (2018), al criticar las posturas políticas, sociales y culturales que re-producen los grupos hegemónicos y permiten el statu quo de modelos democráticos funcionales a los intereses del capitalismo transnacional y la sociedad neoliberal.

El sentido práctico de la crítica realizada a las instituciones modernas/coloniales que hacen uso de los espacios culturales, tiene que ver con “el acceso a esos poderes que no es realizable por alguna vía expedita que permita evadir la conflictividad de la sociedad de clases, sino que requiere de una recompreensión del status quo en términos de desacatos y resistencias. Las formas políticas de la democracia en el Estado capitalista, tal como los señalaba Gramsci, están revestida ineludiblemente de hegemonía, o sea, de dominaciones que se

extienden por toda la esfera de la cultura o modo de vida de la sociedad” (Márquez-Fernández, 2018:20).

La emergencia epistémico situada en el plano de la de(s)colonización de las ciencias sociales en Nuestra América, responde a cuatro elementos crítico de análisis: 1) la importancia de proponer un mundo dentro de otros mundos, a partir de la praxis y las revoluciones populares desde abajo, tal como lo hacen los pueblos indígenas y afros del Zapatismo (México), Nasa (Colombia) y Mapuche (Chile), las rebeliones campesinas, populares y étnicas que promueve un debate por re-fundar el Estado y el tipo de sociedad civil; 2) las luchas populares desde abajo que asumen un giro radical de una praxis subalterna, encargada de proponer modos alternativos de organización que estén sustentadas en la vida, los territorios, las paces y las autonomías en sus procesos sociales colectivos; 3) la disputa por despatriarcalizar las relaciones de poder que existen al interior del Estado y las instituciones modernas – coloniales; y 4) el procesos de des-territorialización y des-politización del ordenamiento político hegemónico que sustenta un imaginario colectivo enriquecido en el sexismo, el racismo, la xenofobia y la negación de la alteridad del sujeto en comunidad. Por ende, la emergencia de las ciencias sociales descolonizadoras se sumerge en una opción por reflexionar desde la interculturalidad y el pensamiento crítico los procesos y fenómenos sociales de esta época.

La necesidad de proponer alternativas innovadoras desde abajo que hagan peso a la lógica de los de arriba,

y que permitan construir modelos basados en la praxis co-laborativa y organizativa de las comunidades en sus territorios. Tal como lo señala, Arturo Escobar, al mencionar que el conjunto de cosmovisiones sobre la tierra, el territorio y la comunidad configura nuevas formas de concebir el desarrollo, la relación sociedad – naturaleza y la bifurcación de alternativas antisistémicas y descoloniales de los movimientos sociales en contextos particulares (Escobar, 2016).

La lógica de promover un diálogo Sur- Sur, está pensado como un espacio para la integración de saberes enmarcado en una concepción holística, el cual pueda asumir una perspectiva crítica/descolonizadora de las ciencias sociales que sean congruentes con la praxis y el sentipensar de Nuestra América. Se instituye en una acción encaminada a superar el paradigma de una ciencia liberal que ha sido el pilar del siglo XX e inicios del XIX, siendo un reflejo de la vitalidad por superar la narrativa universal, moderna y científica identificada con un tipo de ciencia colonialista funcional a los intereses del sistema mundo-capitalista (Sandoval, 2008).

Siguiendo la narrativa expuesta por Catherine Walsh, que considera necesario hacer una crítica al patrón de dominación colonial inmerso en la modernidad, el cual supone una crítica desde *“la colonialidad que es el lado oculto de la modernidad, lo que articula desde la Conquista los patrones de poder desde la raza, el saber, el ser y la naturaleza de acuerdo con las necesidades del capital y para el beneficio blanco-europeo como también de*

la elite criolla. La modernidad/colonialidad entonces sirve, por un lado, como perspectiva para analizar y comprender los procesos, las formaciones y el ordenamiento hegemónicos del proyecto universal del sistema-mundo (a la vez moderno y colonial) y, por el otro, para visibilizar, desde la diferencia colonial, las historias, subjetividades, conocimientos y lógicas de pensamiento y vida que desafían esta hegemonía” (Walsh, 2007:104).

LA SOCIOLOGÍA POLÍTICA DESCOLONIZADORA

Los elementos conceptuales de la sociología política en los años 80 del siglo XX, se caracterizó por proponer un diseño que pudiera analizar la organización socio-política de los distintos sectores de la sociedad moderna en función de reconocer la afinidad entre las instituciones, la ciudadanía y Estado, dicha relación contribuyó a generar tensiones epistémicas en la esfera pública que pudieran comprender el tipo de racionalidad y el modelo de sociedad impuesto por el capitalismo moderno.

La lógica expuesta por Janowitz (1996), sobre la capacidad reflexiva de los sociólogos y politólogos, al momento de plantear abordajes teóricos que permitieran analizar los problemas provenientes de las sociedades, las instituciones y el Estado en el marco del poder, la política y lo político, se configuraría una de las actividades que implicaría constituir investigaciones orientadas a un diálogo propio de la sociología política.

Por tal motivo, la apuesta de concebir una interdisciplina como es la

sociología política, partió de asumir la existencia de un campo epistémico que logrará teorizar fenómenos asociados a las problemáticas del sistema/régimen político, el Estado, la institucionalidad, los movimientos sociales y la sociedad civil solo por mencionar algunos temas, siendo la plataforma conceptual que generaría una forma de investigación al interior de la estructura social y el sujeto en su realidad concreta (Oyhandy, 2010).

La capacidad de desarrollar procesos de investigación que puedan establecer una comunicación entre la teoría y la práctica, significó un campo epistémico por constituir el sentido de los conceptos como herramientas acordes a la tarea de comprender los fenómenos, las relaciones y los comportamientos que emergen de la acción del sujeto en el plano político, social y cultura de la sociedad moderna, es decir, proponer un marco de referencia de la sociología política en el estudio de temas en particular, tal como es la teoría de los movimientos sociales (Sabine, 1995).

Uno de los principales aspectos que tiene la sociología política, radica en su capacidad de desarrollar análisis de temas que vinculan elementos de la sociología y la ciencia política encargados de comprender los fenómenos sociales de la modernidad, para así lograr construir herramientas que tenga la posibilidad de acercarse de forma objetiva, subjetiva o intersubjetiva al estudio del objeto/sujeto como un problema de investigación.

El proceso de interacción entre la teoría y la realidad simboliza entrar en

comunicación con el imaginario instituido propio de la filosofía y teoría de la política, aquí el sentido práctico de conocer aspectos centrales de teóricos/as que han problematizado la sociedad en su momento, sirve como herramientas para comprender la acción de los movimientos sociales, tal como es el concepto de lo político de Schmitt, la condición humana de Hannah Arendt, la teoría de la justicia de Rawls y las contradicciones/paradoja de la democracia liberal según Mouffe entre otras (Ritzer, 1993), lo que demuestra la fuerza de retornar a los clásicos y establecer comunicación con discusiones en el plano filosófico que contribuyen a problematizar los fenómenos sociales desde y con la teoría en sí, lo que implica, asumir una dimensión reflexiva que tenga la capacidad de acercarse a la complejidad de la condición humana en su respectivo momento histórico articulado con la dimensión de la sociología política (Vallespín, 1990).

En este sentido, asumir un análisis sobre un fenómeno en concreto desde la sociología política, se configura como un espacio analítico que permite teorizar, conceptualizar y contextualizar el sujeto, la estructura y la realidad social en un tiempo determinado, a su vez, situar en el escenario rutas metodológicas que sirvan como insumos e instrumentos acordes para acercarse de forma crítica al objeto/sujeto de estudio que se encuentra en desarrollo.

La perspectiva expuesta por Moreno (2011), señala que la sociología política se constituye como una interdisciplina que tiene la capacidad de

asumir los intereses temáticos producto de discusiones como pueden ser los movimientos sociales solo por mencionar un caso, al ser un espacio epistémico que posee la capacidad de relacionar análisis profundos que sirven para explicar la acción colectiva de estos movimientos dentro de la esfera pública.

De esta forma, una de las ventajas conceptuales de la sociología política resulta ser su análisis sobre el cambio social y las condiciones de desarrollo de las sociedades modernas, que influyen en el propósito de interpretar el orden y proponer transformaciones desde y con los grupos subalternos frente a la racionalidad de los grupos hegemónicos funcionales al capital privado. Estas situaciones han permitido romper con la linealidad-disciplinar de asumir desde un enfoque tradicional la realidad, el contexto y la dinámica del objeto/sujeto en su comunidad.

La sociología política ofrece posibilidades teóricas al asumir como objeto de investigación los movimientos sociales modernos, a partir de las condiciones estructurales propia de una globalización, el Estado capitalista y la sociedad civil sumergidos en los interés privados del capital, el cual se constituye a partir de los procesos políticos que influyen en una determinada agenda institucional vinculada a la dinámica de los derechos civiles, políticos y culturales, la reivindicación identitaria o la resistencia como forma de lucha de distintos momentos de interacción y consenso entre el sujeto y la estructura social (Vallespín, 1990).

El sentido de interactuar con elementos, acciones, discursos y prácticas provenientes de los movimientos sociales en sus distintos enfoques como son la elección racional, la acción colectiva, la estructura de oportunidades políticas y la movilización social entre otros; responde a corrientes que se articulan con la estructura teórico – metodológica de la sociología política, partiendo de examinar su capacidad analítica de estudiar actores, colectivos y dinámicas propias que configuran diferentes momentos de la praxis del sujeto en función de constituir escenarios alternativos o funcionales al statu quo impuesto por los grupos dominantes (Flórez, 2010).

La perspectiva expuesta por Oyhandy (2010) y Moreno (2011), al concebir los movimientos sociales como objetos que constituyen el campo epistémico de la sociología política, debido a la capacidad de establecer una interacción entre conceptos que han sido temas de reflexión por parte de algunos teóricos clásicos del pensamiento sociológico y politológico, tal como es la concepción de lo político y el decisionismo del Estado descrito por Schmitt, el análisis del contexto social caracterizado por la influencia del poder política desarrollado por Duverger o la perspectiva Weberiana sobre la burocracia, la autoridad, la racionalidad instrumental y la legitimidad de las instituciones como espacio de lucha simbólico-política de los movimientos sociales eurocéntricos.

Esta serie de elementos señalados hacen parte del conjunto de teorías que son abordadas por la sociología

política y particularmente la necesidad de conceptualizar el tipo de enfoque encargado de analizar los aspectos que configuran la acción política de los movimientos. Por ello, la visión expuesta por Moreno (2011), al considerar que “los movimientos sociales son un conjunto de actores políticos no institucionalizados que sigue una lógica reivindicativa promoviendo u oponiéndose a cambio de estructuras sociales, y que conjugan diversas organizaciones y personas en procesos de movilización perdurables” (p.554).

Así pues, los movimientos sociales configuran un tipo de acción resultado de la organización, la reivindicación de las luchas sociales, el sentido pedagógico de la movilización y la disputa coyuntural por transformar las condiciones de existencia, que toman distancia de cualquier expresión de organización política institucionalizada (grupo de presión, choque, partido político, sindicato y organizaciones sociales). Tal como sucede con enfoques como la Teoría de Movilización de Recursos (TMR), los Nuevos Movimientos Sociales (NMS), que han sido campos del conocimiento coherente con el análisis de la estructura de organización, los repertorios de conflictos, la capacidad de movilización social, las oportunidades políticas y el sentido de reivindicación socio-cultural, a través de las identidades colectivas del sujeto en comunidad.

La sociología política en su contenido analítico, ha permitido generar un análisis profundo sobre la dinámica de acción colectiva de los movimientos y su disputa por reflexionar sobre la postura de los movimientos

sociales frente al Estado, las instituciones, la sociedad civil y el marco de legitimidad frente a las problemáticas pensadas y ejercidas desde arriba. Aquí toma sentido que la TMR y los NMS se encuentran inmersos en un contexto marcado en el abordaje de la protesta social y el cambio de paradigma transformativo de los movimientos sociales.

De esta forma, *“algunas discusiones se centraron en determinar si realmente los movimientos de los años ochenta eran nuevos respecto a los precedentes. Para ciertos autores como Claus Offe, representante de la Escuela de Frankfurt contemporánea, ciertamente hay una ruptura radical entre ambos momentos de la acción colectiva. Los movimientos de los años ochenta – dice el autor - inauguran un “nuevo paradigma político”, al cuestionar el crecimiento económico, la distribución de la riqueza y la seguridad como los valores que sostienen el paradigma político basado en el Estado del bienestar, el sistema de producción fordista y la democracia formal de los partidos políticos”* (Flórez, 2010:36).

La sociedad moderna inmersa en el sistema-mundo capitalista, se ha constituido como un punto de referencia que permite reflexionar sobre el papel de los movimientos sociales al interior de la democracia, y como a partir de sus prácticas se configura procesos de democratización y oxigenación de los procesos políticos que van más allá de la lógica institucional impuesta por los grupos hegemónicos desde arriba. Por ende, *“el sistema mundo moderno es producido en el proceso de expansión colonial eu-*

ropea que conecta por primera vez las diferentes regiones del planeta, dándole así una nueva escala (global). En el mismo sentido, Escobar subraya que “el objetivo es labrar nuevas formas de análisis, no contribuir a los ya establecidos sistemas de pensamiento (eurocéntrico), sin importar cuán críticos sean éstos” (Restrepo, E., & Martínez, A, 2010:19-20).

La crítica conceptual realizada por el enfoque marxista clásico en su interpretación de los movimientos sociales, recae en la reducción de asumir la acción colectiva desde el actor político que impone una lógica instrumentalista de los sectores hegemónicos, a su vez, la noción eminentemente económico y material de asumir el movimiento social como una expresión basada en la lucha de clases por subvertir el poder político dominante.

Sin embargo, las discusiones teóricas de enfoques utilizados por la ciencia política y la sociología (elección racional, institucionalismo, behaviorismo, feminismo, estructuralismo y teoría de sistemas), han podido establecer análisis sobre las reivindicaciones socio-culturales que se encuentran en el campo no-institucionalizado de la acción y el discurso de los movimientos sociales en la esfera pública. Siendo un aspecto que permite determinar la capacidad de decisión política, que tienen esta serie de actores colectivos encargados de cuestionar y transformar las estructuras burocráticas, las relaciones sociales basadas en un sistema racional de normatividad moderna y la necesidad de coexistir entre el impulso y las emociones, al ser factores que

inciden en la constitución de la praxis de los movimientos sociales.

La sociología política en su proyecto de establecer un proceso de institucionalización contemplado en la dimensión teórico-metodológica y práctica ha promovido la construcción de técnicas en común que sirvan como rutas por agrupar discusiones teóricas propias del campo epistémico de dicha interdisciplina. Al mismo tiempo, la importancia de problematizar objeto/sujeto de investigación a partir de los presupuestos epistémicos acordes a las generalidades funcionales a los intereses de este campo del conocimiento, se ha convertido en un antecedente por asumir una perspectiva integral de temas como los movimientos sociales en el marco de la sociedad moderna/capitalista.

Por tal motivo, la pluralidad de distinciones sobre los movimientos sociales (ecologistas, feministas, antisistémicos, sistémicos, de resistencia, agrarios, raciales y populares), se instituyen como actores colectivos que pueden ser analizados desde enfoques coherentes con la dimensión teórico-metodológica de la sociología política descolonizadora (Flórez, 2010). Tal como significa, asumir la concepción de la psicología de masas, multitud y espontánea que se identifica con el carácter psicosocial debido a la irracionalidad producida por un comportamiento colectivo, el contagio de masas en escenarios con las manifestaciones obreras, las huelgas y la resistencia civil.

Tal como sucedió en la Comuna Parisina de 1871, dichos momentos

representan una atomización del agente en la estructura social, al interior del proceso de movilización de las masas. En este marco de ideas, los postulados de Gustave Le Bon (1895) y Gabriel Tarde (1901), señalan que las masas son irracionales debido a su incapacidad de canalizar las pasiones, pulsos y sensaciones que se encuentra constituidas en una “unidad mental” en el marco de la compleja manifestación social.

Por otro lado, aparece el enfoque del comportamiento colectivo en los años veinte y treinta, el cual fue teorizado por la Escuela de sociología de Chicago en los Estados Unidos, en donde se encuentra exponentes como Robert, E. Park, Herbert Blúmer y Burgess (interaccionismo simbólico) (Sabine, 1995), los cuales asumen una postura de reconocer que los movimientos sociales son resultado de una expresión constante de cambios profundo de las sociedades, debido a su capacidad de dinamizar factores políticos, económicos, urbanos, agrarios, tecnológicos, migratorios e identitarios. En este sentido, plantean que estos actores colectivos se encuentran dentro de un marco de procesos no-institucionalizados orientados a la reconstrucción del sistema político en su generalidad simbólica.

Al mismo tiempo, aparece una postura divergente de asumir los movimientos sociales desde el enfoque del comportamiento colectivo y su vínculo con la movilización, al ser un intento por generar una postura del significado de nuevas formas de la realidad social, en contravía de proponer una búsqueda por re-estable-

cer un posible equilibrio con respecto a los intereses funcionales del sistema en su generalidad. Por ello, el enfoque estructural-funcionalista en los años 50 y 60 del siglo pasado, asumió un discurso contrario a lo propuesto por la escuela del interaccionismo simbólico, la razón de ser radicaba en las ideas de pensadores como Parsons (1951), Smelser (1963) y Merton (1975), los cuales partieron de concebir un sistema al interior de un subsistema de variables, enfocadas a concebir los factores sistémicos como detonantes indicados para explicar la lógica de la protesta social. Igualmente, reconocer que los movimientos sociales se encuentran al interior de una realidad micro-estructural basada en asumir una posible restauración y equilibrio de cualquier sistema social (Beltran, 2011).

La mirada conceptual de la sociología política de reconocer el enfoque del estructural-funcionalismo, responde a los factores constituidos de las sociedades modernas, los cuales reproducen una lógica de autorregulación, equilibrio y dinamización de los elementos que se encuentran interconectados con las demandas, intereses y procesos propios de los movimientos sociales. Esta situación se configura como un factor que influye en la emergencia de formas de comportamiento colectivo sustentados en la estructura societal, frente a la incapacidad de las instituciones de asumir/mantener un tipo de cohesión social.

En efecto, el vínculo del comportamiento colectivo, al ser un factor que explica la dimensión de la estructura social sustentando en explicar los mo-

vimientos como resultado de la des-integración social, exige la necesidad de analizar los factores que repercuten en la disfuncionalidad, marginalidad y dispersión de los agentes que configuran la sociedad como un sistema integrado enfocado a establecer el orden social.

Otro enfoque analítico en el estudio de los movimientos sociales, resulta ser la corriente teórica de la sociedad de masas que tiene gran relevancia en el campo de la sociología política, al ser una perspectiva teórica que emerge en los años setenta/ochenta tiempo en el cual los debates epistemológicos de esta interdisciplina del conocimiento, se encontraba en constante boga por parte de la escuela americana (Berkeley University) y la academia inglesa (Oxford University), al ser consideradas como las instituciones predominantes, representativas y tradicionales en la tarea por asumir un estatus teórico-metodológico acorde a los intereses coherentes de este campo de investigación en su proyecto de institucionalización al interior de las ciencias sociales (Oyhandy, 2010) y (Sandoval, E, A & Capera, J, 2017).

La perspectiva de la sociedad de masas se caracterizó por establecer presupuestos provenientes de la psicología social, parte de esta teoría recurre a los postulados de la filosofía/teoría política de pensadores/as como Ortega y Gasset, Hannah Arendt y William Kornhauser, los cuales señalaron que esta mirada promueve el desarrollo de organizaciones e instituciones burocráticas que tienen la finalidad de regular, controlar y moni-

torear la vida del conjunto de los individuos automatizados.

Parte de este fenómeno, se relaciona con la aparición de situaciones estructurales que generan un cambio de paradigma e imaginario al interior de la sociedad, tal como es la industrialización, la revolución de la ciencia, la urbanización y la pérdida y sucesión del poder político por parte de las élites. Así pues, circunstancias como las mencionadas, repercuten en la ruptura de los vínculos habituales de la época, el tejido de la sociedad y la desconexión estructural del individuo con las instituciones tradicionales (familia, comunidad, iglesia, escuela, cárcel y hospital entre otras).

Por tal razón, “Anthony Giddens considera a los movimientos como los actores llamados a ofrecer pautas significativas para potenciales transformaciones de la modernidad. Particularmente, entiende que los movimientos obreros ofrecerían alternativas a la acumulación de capital en el actual contexto de mercados competitivos; los ecologistas lo harían frente a la transformación industrial de la naturaleza; los movimientos pacifista, ante el control militar de los medios de violencia; y por último, los movimientos democráticos serían los llamados a dar alternativas al control de la información y la falta de supervisión social” (Giddens, 1990 citado por Flórez, 2010:49).

La crítica realizada al enfoque de la sociedad de masas en su pretensión de explicar la constitución de los movimientos sociales, tiene que ver con la idea de pensar la estructura

atomizada del individuo (enajenado, alineado y sumiso), en función de la lógica de los grupos hegemónicos de la sociedad. Lo que implicaría, la posibilidad de existencia de un estado de movimientos fundamentados en la protesta social como un instrumento ante la falta de integración, cohesión y solidaridad de los individuos que integran dicha colectividad, asimismo, significa la mentalidad de los actores proclives a ser manipulables por los grupos radicales y antidemocráticos como fueron los movimientos totalitarios del siglo XX (franquismo, nazismo, fascismo y estalinismo).

El estudio de los movimientos sociales como objeto de reflexión para la sociología política, se ha convertido en un referente de investigación social debido a la pluralidad de enfoques que han tratado de comprender las formas, discursos, razones y características en materia social, económica, política, cultural e identitaria en el marco de los procesos políticos entre el ciudadano, la sociedad y el Estado. Lo que implica reconocer los diferentes paradigmas que permiten explicar las emergencias de los MS en la esfera pública, y los impactos en la reconfiguración de las demandas, emergencias y luchas por generar espacios en la sociedad civil.

La capacidad de reconocer la racionalidad proveniente del Estado, las instituciones y la sociedad que concibe el poder político como un constructo que determina los procesos al interior de lo público, va en contravía de la praxis subalterna que promueven los movimientos sociales al ser actores colectivos que proponen una

agenda alternativa en temas como la ecología, los derechos sexuales, lo político, la cultura y la organización socio-territorial del espacio en comunidad.

En efecto, los enfoques descriptos aportan elementos que permiten comprender la compleja dimensión de los movimientos sociales, a partir del contenido epistémico que constituye la sociología política que relaciona enfoques teóricos como son la elección racional, la movilización de recursos y las oportunidades políticas, que conforman una dimensión que da privilegio a los factores institucionales, normativos y simbólicos que existen en la dinámica de acción de los MS en la esfera pública.

La necesidad de reconocer los movimientos sociales como objetos instituyentes de las discusiones teórico-metodológicas de la sociología política, al proponer investigaciones que asumen la dimensión empírico-analítica y socio-cultural resultado de los procesos que emergen de las fisuras que genera la acción colectiva de los MS en determinados fenómenos de la sociedad. A su vez, la emergencia de posturas alternas orientadas a cuestionar y poner en el debate público nuevas discusiones que han sido negadas/ignoradas por los grupos hegemónicos.

Los enfoques de los MS en la década de los sesenta y setenta del pasado siglo, fueron asumiendo cambios producto de las crisis de la democracia, la privatización de las libertades individuales y colectivas, sin dejar a un lado, el amplio cuestionamiento a

las prácticas políticas generadoras de desigualdades estructurales al interior de la globalización. Posteriormente, la agenda política pasa a ser funcional a las necesidades del ámbito económico, lo que implicó desde los años 90, una lógica de privatización de lo público y la implementación de recetas de carácter neoliberales que transformaron la relación Estado, convirtiéndolo en una empresa funcional al interés del capital transnacional, siendo un factor de constante denuncia por distintos movimientos sociales.

Dicha situación, es antecedente que ha motivado la disyuntiva entre la dimensión política y económica del Estado y las instituciones con respecto a las demandas de la sociedad civil. Sin embargo, las luchas sociales enfocadas a reivindicar las demandas de los movimientos sociales que no pretenden la obtención del poder político, sino la apuesta en marcha de una nueva agenda que establezca aquellos temas negados por los intereses personalistas de la clase política tradicional de cada nación.

La necesidad de reconocer que los MS se han convertido en un objeto/sujeto de investigación de amplia referencia en los estudios de la sociología política, no tiene que ver con la riqueza de teorías y enfoques destinados a comprender la superación del plano político anacrónico (socialismo-capitalismo), sino a la posibilidad de politizar temas acorde a las necesidades reales de dichos actores colectivos en su momento. Lo mismo sucede con la demanda por una educación gratuita, pública y de cali-

dad (la situación de los movimientos estudiantiles en América Latina ante la des-financiación del Estado en los sistemas universitarios), el movimiento alter/antiglobalización y su lucha frente a la superación de la desigualdad extrema en el mundo, la defensa por la vida, la tierra y el territorio de los pueblos indígenas en la región o la lucha por la autodeterminación del cuerpo y las libertades sexuales (movimientos feministas y de género) entre otros (Flórez, 2010).

Los movimientos sociales en nuestra época vistos desde una perspectiva epistémica de la sociología política, se encuentran en medio de una serie de cuestionamientos focalizados a debatir los límites del ámbito institucional gubernamental que existe en la sociedad moderna debido a la incapacidad de lograr dar respuestas a las demandas a partir de las necesidades endógenas propias de los MS (Moreno, 2011). A su vez, la racionalidad instrumental propia del proyecto de la modernidad que configura una realidad basada en dicotomías estructurales, al momento de concebir un tipo de sociedad, en donde esta pre-establecido un régimen político, un modelo societal y los intereses de instituir una agenda estatal funcional a los intereses de los grupos hegemónicos (Melucci, 1980).

Parte de esta lucha constituyen nuevos espacios que van más allá de la visión clásica de la participación política, la politización de lo público, la agenda estatal y los procesos políticos propuestos en el marco institucional. La praxis de los movimientos sociales asume un giro entre el Esta-

do, la ciudadanía y la sociedad civil, ya que en su acción ejerce una postura por cuestionar y subvertir el *statu quo* o re-producir la lógica existente del sistema capitalista.

La creciente complejidad de los fenómenos que configura la sociedad moderna dentro de la estructura del sistema-mundo moderno capitalista, refleja el desborde de la política y los límites de la institucionalidad, dando paso a la demanda fruto de la praxis de lo político. Al ser un espacio que responde aquellas formas no-institucionalizadas del poder, tiene la capacidad de canalizar las inconformidades que contribuyen a replantear otro tipo de unidad social en la esfera pública a cargo de la dinámica socio-cultural y la forma de organización de los movimientos sociales (Alonso, 2016).

Por tal motivo la sociología política en su tarea de lograr un análisis profundo sobre los viejos y nuevos movimientos sociales, logra recuperar propuestas que establecen la idea de la sociedad como una colectividad que se auto-produce y genera una regulación de los procesos endógenos/exógenos que constituyen la relación entre el sujeto y la estructura social. Por ello, aparecen análisis enfocados a reconocer las libertades, las reivindicaciones socio-culturales, las luchas étnico-raciales y la defensa del territorio como dimensiones que reflejan los intereses constitutivos de la acción colectiva de los sujetos que conforman un movimiento social, el cual pretende superar la lógica de la dominación social, patriarcal, racional y moderna-capitalista, con el fin de establecer una nueva agenda que no

es contemplada por el poder político institucionalizado pero que si representa los *sentipensares* de los actores que asumen un giro sobre la realidad social existente.

La capacidad de reconocer una dimensión descolonizadora de la sociología política asume un giro por reconocer enfoques alternativos e interdisciplinarios, tal como sucede con la investigación acción, la acción-participativa, la teoría fundamentada, la etnopaz, las metodologías horizontales y los paradigmas del Sur-Sur. A su vez, permite el diálogo abierto sobre los tipos de racionalidades, emociones y saberes que provienen de la experiencia de los sujetos, las comunidades y los movimientos sociales en el ámbito urbano/rural (Sandoval, 2016).

La necesidad de asumir una re-estructuración del modo de hacer ciencias sociales, implica reconocer una praxis de abajo, que pueda ser coherente con el impensar los modelos y superar la lógica que históricamente se ha construido sobre un tipo de ciencia moderna/colonial acorde a las demandas de los grupos hegemónicos. La disputa radica en lo que señala Sandoval, R. & Alonso, J. (2015), de asumir un sujeto que reflexione sobre su contexto y proponga alternativas comunales, teniendo en cuenta la autonomía y el pensamiento crítico innovador en los territorios.

En este orden de ideas, la sociología política Latinoamericana tiene un gran campo de oportunidad que puede ser desarrollando en temas/ fenómenos en concreto como son: los movimientos sociales, indígenas,

ecológicos, feministas y estudiantiles, pero también la problematización de las relaciones entre el sujeto colectivo con el Estado, la sociedad civil y el gobierno con respecto a plantear nuevos modelos de constituir la democracia que rompen con la visión moderna/colonial del liberalismo.

El proceso de de(s)colonización de la sociología política debe plantearse debates teórico-metodológicos sobre las formas de hacer ciencia con el sujeto invisibilizado y los temas que históricamente han sido negados por parte de las corrientes eurocéntricas. Lo que simboliza, dar cuenta de fenómenos como el *sentipensar*, la ecología de saberes, política, afectiva, emocional, los procesos anti-sistémicos, los pueblos en movimiento, las redes populares de resistencia y los movimientos contestatarios entre otros. Ya que proponen nuevas lógicas que rompen con los dogmas coloniales de la sociedad neoliberal y el Estado capitalista moderno (Sandoval, E; Proto, F & Capera, J, 2018).

El sendero epistémico de refutar la producción de conocimiento legitimado y validado solo por la academia, tiene que ver con la crítica a los modelos cientificistas, los cánones y los paradigmas modernos/colonialistas que instauran un imaginario colectivo propio de una ciencia positivista que desconoce los espacios socio-culturales y la intersubjetividad el sujeto en su contexto espacial y temporal propio de su existencia en comunidad (Sandoval, 2018). Por ello, es de suma importancia una crítica a la racionalidad instrumental y dar paso al proceso dialógico horizontal que

pueda constituir narrativas, prácticas y pensamientos orientados a la transformación de las problemáticas del sujeto político.

Tales refutaciones no significan un desprecio por la ciencia moderna producida, sino que representa un giro de ir más allá y dejar a un lado la re-producción del conocimiento. Con el fin de diversificar las narrativas que están en contra de la violencia, la explotación, la dominación y la negación de las identidades y la otredad. Siendo una muestra que se localiza en las luchas subalternas que optan por superar las pretensiones coloniales, imperiales y modernas de asumir un solo tipo de ciencia, para dar el salto hacia una descolonización que busca reconocer la diversidad de prácticas, la experiencia social, la investigación desde las comunidades y las rebeliones antisistémicas que pretenden superar los dilemas de validez, universalización y legitimidad propios de los métodos científicos y las ciencias sociales eurocéntricas.

La emergencia de este tipo de sociología política descolonizadora no se sustenta en la no-reproducción de conocimientos coloniales, sino en dar el paso a la intersubjetividad, la subalternización, los saberes desde abajo, las cosmovisiones y las culturas otras de las comunidades y grupos oprimidos. Lo que apunta a superar la lógica de la intervención epistémica para reconocer la horizontalidad de conocimientos populares y descoloniales. Asimismo, el imperativo de asumir una praxis subalterna se enmarca en las luchas epistémicas por

desquebrajar los moldes normativos, anacrónicos y estructuralistas de los grupos hegemónicos promotores de la relación universidad-empresa en el contexto del capitalismo cognitivo.

El giro decolonial, como una opción propicia para la sociología política de Nuestra América, está basado en el reconocimiento de las luchas de los pueblos y la revolución de las comunidades que asumen un rol intercultural al detonar un poder popular desde abajo. Este es el eje de una dimensión propositiva en un orden subalternizado por construir *un mundo dentro de otros mundos posibles y necesarios*, en medio de la hostilidad propia de la guerra del capital contra los tejidos comunitarios y la acumulación por desposesión de los territorios.

En este sentido, la experiencia de analizar y coexistir con la praxis de los movimientos sociales en sus demandas al interior de la sociedad civil y el Estado, tiene que ver con una lógica que plantea un ordenamiento distinto a la colonialidad del poder y propone una emergencia de corrientes alternativas que sean co-laborativas en las luchas descoloniales propias de una intersubjetividad del sujeto en la esfera individual y colectiva. La cuestión radica de establecer un pluralismo epistémico-subalternos sobre los ejes fundacionales de una sociología política nustramericana.

Otra perspectiva sobre la sociología política descolonizadora se encuentra en el análisis de los procesos políticos, epistémicos y subalternos de las comunidades en su lucha por constituir “otras” realidades sobre la

democracia, el Estado, el gobierno y la sociedad civil. Parte de esta disputa refleja la subalternización de los poderes populares del sujeto oprimidos y la liberación de la praxis por configurar un escenario en función de las necesidades de formas organizativas desde y con los de abajo.

En definitiva, la apuesta epistémica por reflexionar sobre la descolonización de la sociología política tiene que ver con un diálogo intercultural de saberes y una ecología de prácticas populares de las comunidades, movimientos y actores colectivos que proponen otras formas de concebir el poder político, la democracia y el Estado. Por ende, exigen narrativas alternativas para lograr leer dichas realidades desde un enfoque y pensamiento crítico Latinoamericano.

A MODO DE CONCLUSIÓN

La sociedad moderna que se encuentra inmersa en los problemas y la compleja crisis estructural (ambiental, social, política y económica) del siglo XXI, permite contemplar otras formas de ver, hacer y sentir la política que no responde a la lógica tradicional en el marco normativo-institucional, en razón de que propone cuestionar dichos modelos impuestos por los grupos hegemónicos y dar paso a la re-fundación de modos de reflexión y ejercicio de la política que desbordan la dimensión estatal y tradicional.

La sociología política al ser una interdisciplina de las ciencias sociales que hace uso de los métodos, teorías y metodologías, planteadas en el campo de la sociología y la ciencia política, se constituye en un espacio que asu-

me una mirada profunda sobre los objetos/sujetos de estudios a partir del respectivo enfoque de investigación. Esta lógica se articula con la capacidad de analizar el carácter, la sensibilidad y la praxis de los movimientos sociales en su tarea de establecer una agenda alternativa que responde a la reivindicación por refundar algunas dimensiones del Estado moderno (capitalista).

La pluralidad de acciones colectivas y comunales de los movimientos sociales permite asumir una serie de procesos interculturales, los cuales se gestan en realidades temporales y espaciales en el sur, tal como lo simbolizan el movimiento del EZLN en México, las asambleas populares de mujeres en Argentina o la emergencia de las revoluciones árabes solo por mencionar algunas experiencias del mundo contemporáneo. Así pues, discursos provenientes como antiglobalización, antisistema y alterglobalizados son narrativas que se encuentran en la dimensión de lo político y diversifican las luchas e intereses de los últimos años por parte de los movimientos sociales en refundar las democracias y sistemas políticos desde y con los de abajo.

Los movimientos sociales se convierten en un objeto/sujeto de amplio estudio para la sociología política en donde se logran establecer enfoques teóricos y metodologías acordes a la realidad de dichos actores colectivos. Asimismo, la posibilidad de realizar análisis más profundo sobre los MS, en función de conocer desde su propia experiencia los fenómenos que

constituyen las sociedades en el marco de los límites de la modernidad, implica reconocer las luchas socio-culturales y las reivindicaciones identitarias orientadas a proponer nuevas formas de concebir la política, el poder, la sociedad y el sujeto al interior de las demandas de la ciudadanía frente al Estado, la exigencia por renovar los debates y asumir una praxis que supere la desbocada modernidad-capitalista y la crisis civilizatoria de nuestros tiempos.

El proyecto de la descolonización de la sociología política exige un diálogo intercultural abierto y horizontal que tenga la capacidad de reconocer los saberes de los territorios del Abya Yala, con el fin de asumir giros enfocados a la ética, la política y la praxis por concebir un orden alternativo que haga peso a la crisis sistémica de la sociedad neoliberal y el Estado capitalista. Por ende, la descolonización del conocimiento exige una reflexión crítica enfocada a la producción de saberes proveniente de las comunidades y los territorios.

Por último, el potencializar los saberes locales constituye una estrategia que pretende construir otro tipo de narrativas científicas y populares, que hagan de la ciencia un espacio intercultural y de liberación acorde a las necesidades de los pueblos, las comunidades y los actores en su realidad social determinada. Al mismo tiempo, simboliza una dinámica que rompe con la universalidad de las ciencias sociales y humanas, para dar el paso a otras culturas, educaciones y experiencias que sean alternativas al desbocado orden moderno/colonial y

globocolonizado de la sociedad contemporánea y los grupos hegemónicos de nuestros tiempos.

BIBLIOGRAFÍAS

Alexander, J. (2001). *La teoría social hoy*. Madrid: Alianza Editorial.

Alonso, J. (2016). El pensamiento crítico y los Zapatistas. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, 21(73), 57-71.

Beltrán, M. (2011). funcionalismo, estructuralismo y teoría de sistema. En S. Giner, *Teoría sociológica moderna* (págs. 80-104). España: Ariel.

Escobar, A. (2016). *Autonomía y diseño: La realización de lo comunal*. Popayán: Universidad del Cauca. Sello Editorial.

Florez, J. (2010). *Lecturas emergentes: decolonialidad y subjetividad en las teorías de movimientos sociales*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

Giddens, A. (2014). *Sociología*. Madrid: Alianza Editorial.

Giddens, A., & Turner, J. (1990). *La teoría social hoy*. Madrid: Universidad Alianza.

Janowitz, M. (1966). *Sociología política*. *Revista de estudios políticos*, (145), 79-96.

Márquez-Fernández, Á. (2018). *Democracia sub-alterna y estado hegemónico. crítica política desde américa latina/ diálogo abierto con Álvaro B. Márquez-Fernández*. Buenos Aires: El Pregonero- Elaleph.com S.R.L.

Melucci, A. (1980). The new social movements: A theoretical approach. *Information (International Social Science Council)*, 19(2), 199-226.

Moreno, S. (2011). *Sociología Política*. En Giner Salvador, *Teoría sociológica moderna* (págs. 603-613). España: Ciencias Sociales Ariel.

Oyhandy, A. (2010). Sociología Política. En Víctor Cantú, En Pretextos para el Análisis Político - Disciplinas, reglas y procesos (págs. 49-70). México: Flacso.

Restrepo, E., & Martínez, A. (2010). Inflexión decolonial: fuentes, conceptos y cuestionamientos. Popayán: Universidad del Cauca.

Ritzer, G. (1993). Teoría sociológica clásica. Madrid: Ediciones McGraw-Hill.

Sabine, G. (1995). Historia de la teoría política. México: Fondo de cultura económica.

Sandoval, E, A & Capera, J. (2017). El giro decolonial en el estudio de las vibraciones políticas del movimiento indígena en América Latina. Revista FAIA, 6(28), 1-30.

Sandoval, E. (2008). La Guardia Indígena Nasa y el arte de la resistencia pacífica. Bogotá: Ediciones Colección Étnica: diálogos interculturales -Fundación HEMERA.

Sandoval, E. (2016). Educación para la paz integral -Memoria, interculturalidad y decolonialidad. Bogotá: ARFO Editores e Impresores LTDA Bogotá: Ediciones Colección Étnica: diálogos interculturales -Fundación HEMERA.

Sandoval, E. (2018). Etnografía e Investigación acción intercultural para los conflictos y la paz. Metodologías Descolonizadoras. Venezuela: Editorial Alfonso Arena, F. P.

Sandoval, E; Proto, F & Capera, J. (2018). Discusiones, problemáticas y sentipensar latinoamericano - Tomo I: Pensamiento Crítico Latinoamericano. Argentina: Arkho Ediciones.

Sandoval, R & Alonso, J. (2015). Pensamiento crítico, sujeto y autonomía. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social /Cátedra Jorge Alonso.

Santos, B. (2009). Una epistemología del sur: la reinención del conocimiento y la emancipación social. México: Siglo XXI- Clacso.

Vallespín, F. (1990). Historia de la teoría política. Madrid: Alianza Editorial.

Walsh, C. (2007). ¿Son posibles unas ciencias sociales/ culturales otras? Reflexiones en torno a las epistemologías decoloniales. Revista Nómadas, 102-113.

Eduardo Andrés Sandoval Forero

Doctor en Sociología, Maestro en Estudios Latinoamericanos, y Antropólogo Social. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores de México nivel II desde 1995. Profesor invitado de universidades de: Estados Unidos, América del Sur, España e Italia. Fundador y Coordinador Académico de la Maestría y el Doctorado en Educación para la Paz y la Convivencia Escolar. Investigador-Profesor del CIEAP, Universidad Autónoma del Estado de México.

Ismael Cáceres-Correa

Diplomado en Filosofía de la Liberación por la Universidad Nacional de Jujuy. Bachiller en Humanidades por la Universidad de Concepción. Estudiante de Pedagogía en Historia y Geografía en la Universidad de Concepción (Chile).

José Javier Capera Figueroa

Político de la Universidad del Tolima. Maestro en sociología política del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, y doctorante en Ciencias Sociales y Políticas de la Universidad Iberoamericana (México). Analista político y columnista del periódico el Nuevo Día (Colombia) y Rebelión.org (España).